



ENTRE EL CENIT Y EL ABISMO

Y OTRAS FICCIONES

Sergio Muñoz

©ENTRE EL CENIT Y EL ABISMO. Y OTRAS FICCIONES

Primera Edición

Agosto 2022.

Segunda Edición

Septiembre 2023.

©Sergio Andrés Muñoz Fuentes

munozfuentessergioandres@gmail.com

Portada:

“OK se Imprime”

Impresión:

Imprentaondemand.cl

Corrección:

Lorena Cheateauneuf &

Davor Bristilo

Registro Nacional Propiedad Intelectual N°: 2022-A-6836

ISBN: 978-956-414-866-3

“Toda modificación, promoción o plagio sin el consentimiento directo por el autor se verá expuesto a reclamación legal, de acuerdo a la ley vigente”

—*Un lector empedernido, estadista por diversión
y un prometedor escritor. Si me dijeran define a Sergio
Muñoz en diez palabras allí las tendrían.
Ninguna sobra ninguna falta.* —

Sergio Muñoz nació en Valparaíso, ciudad romántica y colorida al igual que su pluma. Allí, en las escalinatas laberínticas de la ciudad puerto, “**Checho**” comenzó a leer esas obras literarias que marcarían el devenir de su existencia.

Viendo el polícromo majestuoso de aquella ciudad también nació su afición al dibujo, porque aparte de comenzar a crear sus primeros cuentos, todos ellos con evidentes tintes personales de su vida de barrio, Sergio siempre le ponía un dibujo al lado. Él sin embargo no los encontraba tan buenos y es que la humildad y prudencia eran parte de su ADN.

Después de terminar los estudios en la enseñanza media realizó el servicio militar, el último obligatorio, y le preguntaron: —“¿Qué va a hacer un escritor en un campo de guerra?”—. Pero igual que un tal Ernest Hemingway, que casi pierde su vida en el frente de batalla en la primera guerra mundial, Sergio intuía que las cosas pasan en la vida por algo. Pese a que nunca fue a una guerra ni su vida estuvo en peligro, la experiencia en la Infantería de Marina marcaría, en parte, su estilo literario que mezcla cuotas de realismo, confrontación y de cotidianidad, sin olvidar el recurso poético que el Checho no se permite evadir por nada de este mundo.

En aquel lugar Sergio no hace más que acrecentar su

afición por la lectura y cuando sale de allí, con un cuerpo más tonificado y una voz ronca de varón porteño, toma la mala idea de estudiar periodismo, teniendo en cuenta que esto le iba a dar todo el conocimiento y cultura que iba a necesitar para desenvolverse mejor entre las hojas y las letras. Al mismo tiempo que estudia va escribiendo más cuentos, participa en talleres literarios, concursaba en eventos, entrevista a escritores y descubre que lo suyo hasta el último suspiro de su vida, es el camino de la literatura porque es algo que siempre lo ha apasionado desde su más pequeña niñez.

Egresaba de su carrera en la Universidad de Playa Ancha y debe afrontar la dura vida de los treintones, sin embargo el Checho no padeció esa crisis de edad, por el contrario creó “Esemáforo.cl”, un espacio digital para hacer periodismo a su total gusto y tiempo, salió campeón en nuestro club de fútbol, el Defensor, no vive pensando en lo que ya pasó, sino en lo que desea hacer o vendrá y no ha parado de escribir nuevos relatos o mejorar los ya escritos, porque siempre tiene en mente una idea que ocupa sus pensamientos.

Tal vez tenga menos tiempo ahora, pero siempre se hace un espacio para ir avanzando un párrafo al día, y es que ahora es padre de familia y su hija Emma, de tres añitos de edad, no sólo se convirtió en lo más bonito que le ha sucedido en la vida, según me contó el Checho, sino también él desea que cuando su hija crezca, sepa que su padre no sólo hace lo que tanto lo apasiona, sino también anhela dejar algo que su hija lo recuerde más allá del lazo que ya los une, de hecho la próxima obra de Sergio será *“Cuentos para Emma”*.

Por **Maximiliano Acuña**.

Autor de *“Mariposas en el estómago”* (2022), ganador del Cuéntame Valparaíso en 2014 y segundo lugar en 2009, cuenta cuentos, periodista y emergente escritor quilpueíno.

*Dedicado a mi padre;
Prometí que me convertiría en un escritor y él sonrió.*
Valparaíso, 10 de septiembre de 2013.

CAPÍTULO 1

ENTRE EL CENTI Y EL ABISMO

*“Si deseas que tus sueños se hagan realidad,
¡DESPIERTA!”*

-Ambrose Bierce, escritor y periodista estadounidense-

En una solitaria tarde en la bahía de Valparaíso, en plena Av. Altamirano, jamás imaginé que lo encontraría caminando directo hacia mí, en un encuentro no planeado, aunque sí deseado. Cuando se acercó, y a un escaso paso de mí, sentí que ya nada importaba a mí alrededor, ni el aroma de las pasajeras nubes que flotaban sobre nosotros, perfumándonos con ilusiones baratas. Tampoco importaba el color de mis pensamientos que oscilaban desde el rubio miel hasta el verde esmeralda. Soy de extraños colores y pulcras imaginaciones, y en ese momento, lo que menos importaban eran las palabras que fui practicando desde algún lugar que ya olvidé, porque al final, todos aquellos pensamientos que no alcancé a versar, se extraviaron más allá del sonido en donde el mar quiebra vehemente.

Juré que esta vez no dejaría pasar sus carnosos y bellos labios como otras veces. No dejaría que sus manos fueran acariciadas por el aire ni tampoco que sus ojos vieran a otros que no fueran los míos. En verdad lo juré, apisonada. Él dio el primer paso y me sorprendió. Debilitando mis endebles

defensas con una simple caricia de sus dedos sobre una de mis mejillas. En vano, injurié su nombre dentro de mi acalorada mente. Mis sentidos eran incapaces de leer sus movimientos. Cuando mis ojos notaron sus manos sobre las mías, él ya acariciaba con ternura y pasión mi otra mejilla. Estábamos a un suspiro de un beso, ¡Sólo a uno! Y suspiré.

La distancia se esfumó en cuanto sentí por primera vez el sabor de su boca. Un golpe de electricidad sacudió todo mi cuerpo, y abandoné estúpidos pensamientos cuando sentí que mi boca se carbonizaba al contacto con la suya. Era extraño que nos encontráramos solos en aquel paseo costero, que acostumbraba a ser tan concurrido. Quizás a nadie le importaba si terminábamos haciendo el amor en alguna de las playas cercanas, llenándonos de arena por doquier. ¿Qué importaba pensar?, solo deseaba sentir que dominara mi lengua, apegar nuestros cuerpos y disfrutar sentir mi sangre transitar por mis venas a una velocidad que ralló en lo frenesí. Deseando que no se detuviera, y anhelando que al fin sucediera.

Su cuerpo no dejaba de presionar al mío, y aumenté nuestra lujuria apretando mi ser contra el suyo. Sus suaves embestidas desafían a la mía. Él era las constantes y oscilantes olas, en cambio yo era el roquerío en donde éstas me embisten vehemente para intentar someterme. Cerré mis ojos para dejarme llevar por sus besos, mientras con ternura abrigué su cuello con mis brazos. Ansiando jamás separarme de sus labios ni de la fricción que estábamos provocando. Estábamos comenzando y apenas resistía, suspirando agitada y excitada.

Antes que pudiera distinguir la naturaleza y el sabor de

sus gruesos y carnosos labios, una y otra vez, me asfixiaba con un drogadicto beso que embrutecía mi paladar. Atontando mi lengua por el aroma narcótico que se intensificaba segundo tras segundo, por la ambición mental de que ese momento sucediera antes que las imaginaciones más ocultas vuelvan a encerrarse en lo más profundo de los recovecos de mi alma, para hallar una deprimente prisión a los íntimos deseos que ya no comparto con la luna caliente.

Ya no pensaba, ni menos imaginaba. Desconocía en qué se encontraban mis emociones. En un momento, desee bajar mi mano para sentir aquello que tal vez, se encontraba exaltado. ¿Qué pensaría él si lo hacía?, no me atreví. Preferí entregarle toda la responsabilidad y disfrutar cómo se abría camino, a través de cada uno de los rincones de mi tembloroso cuerpo. Como mi corazón no quiso seguir presenciando mi total sumisión, y para no sentir culpa de lo que sucediera después, abandonó mi pecho y se marchó lejos de quien me tuvo rogando por sus besos. Al unísono, él susurraba mi nombre con sutil e intenso encanto.

Por alguna extraña razón las nubes fueron las únicas testigos de nuestras caricias, en cambio el mar sólo se preocupó de su eterno vaivén mientras narró a las gaviotas una de sus repetidas, pero entretenidas historias; náufragos que padecieron por el amor de sirenas, más que por la misma sed de vivir, atrapados dentro de sus desorientados botes.

A pesar de las estupideces que pensaba, sus manos acariciaban mi espalda, en movimientos circulares, rectangulares, perpendiculares o qué sé yo. No me interesó

adivinar, me interesó sentir y sin querer que se detuviera, tampoco podía confesar que continuara, pese a que necesitaba desahogarlo, no lo hice. Tuve que aparentar que él no me venció, y que debía luchar por mí, aún más.

Vi en sus ojos una seguridad que me excitó. Deseé que guiara mis sentidos e imaginé que él ya tenía todo pensando incluso hasta qué hora dejaría de abrazarme para hacerme el amor, de las formas y posturas que él deseara hacer conmigo.

Lo odié sin razón, quise ser como él; la roca que no se triza o se inmuta ante terribles tempestades ni carnales debilidades. Supuse que ya sabía que había ganado esta lucha, ya que no di mucha pelea. Al fin y al cabo, caí antes de cerrar los puños, salté al océano antes que mis tripulantes abandonaran el moribundo barco. No por miedo ni sobrevivencia, sino porque el mar lujurioso me sedujo con románticos versos que me impidieron resistir.

Manipulándome con las yemas de sus dedos, que no paraban de acariciar mi febril sexo, él susurró cómo deseaba hacerlo mientras yo no podía pensar precisas frases para contestarle. Él me tuvo como anheló; respondiendo le con un “sí” a todos sus libidinosos caprichos. De pronto, y sin que lo pensara llevé mi mano a su entrepierna comenzando a frotar aquel bulto enroscado escondido bajo capas de ropa, mientras mis ojos se encontraban cerrados, mordí mis labios pensando que ya lo vería afuera, para hacer de él lo que mis animales instintos añoraban. A su vez, él no paró de acariciar lo que yo permití, en esta acalorada situación en donde al fin nuestros

sentimientos y deseos se unieron en una armoniosa esencia.

El roce sobre mi ropa era intenso y la fricción me derritió. Lo besé alocadamente, mientras abajo la tormenta aumentó cuando repitió mi nombre. Desde lo más profundo quise liberar toda aquella excitante y volátil energía para ahogar aquel último suspiro que enloqueció a todo mí ser y que casi hizo desfallecer a mis trémulas piernas.

De un momento a otro, justo cuando yo sentí que iba a estallar, él se detuvo. Increíble lo miré y él sólo sonrió. ¿Sonrió? ¿Juega conmigo? ¿Por qué sonrió? ¿Qué está sucediendo?

— ¿Por qué te detuviste?—. Pregunté muy enfadada bajo una inquieta sonrisa mientras recuperaba el aliento. Él nada respondió. Volvió a sonreír y no volví a cuestionar. Luego, él tomó mi mano derecha y con una linda sonrisa que adornó a su tranquilo corazón, emprendimos la marcha hacia otro extremo de aquella Av. Altamirano, que hasta en ese momento no me había percatado de la profunda soledad en la que nos encontrábamos porque no logré apreciar a las personas, vehículos ni mucho menos escuché algún sonido familiar como ladridos de perros, silbidos de pájaros o el ruido del mar. Era bastante curioso para mí sentir que éramos las únicas personas en aquel lugar tan concurrido. Empero, mi curiosidad creció con cada paso y no pude evitar preguntarme: “¿A dónde piensa llevarme?”. Tal vez haríamos el amor en otro sitio. Mi llama seguía ardiendo con fuerza, y a la vez con el temor de que...

—*Te invito a que adquieras mi obra por completo*

*para descubrir que sucede con el final de este primer
cuento.*

¡Abrazo Literario!

CAPÍTULO 2

LA ÚLTIMA CHUPADA DEL MATE

*“El hombre está en guerra con cada uno porque
cada hombre está en guerra consigo mismo”*

-Francis Meehan-

—¡Cómo que “cabo”, pelao culiao! — . Gritó el sargento y con vehemencia le propinó una terrible patada al Retamales directo al pecho que lo disparó a tres o cuatro metros de distancia, desde donde se encontraba él plantado. Todo por equivocarse en un grado, todo por ser simples reclutas, putié.

Sin embargo, no hay tiempo para lamentar golpes e insultos. Estamos cerrando la campaña (ejercicio militar) y aún faltan kilómetros por caminar, pese a que nos salieron callos y ampollas en los pies, eso no es importante para los cabos o el sargento que están más lunáticos que nunca, creyéndose que están en plena guerra. Nos amenazaron con quitarnos el rancho (comida), con no dejarnos fondearnos (dormir) o con castigarnos en plena marcha, mientras nos apresuraron a punta de garabatos y palos o lo que sea que ellos encontraban a lo largo del recorrido.

La nocturna travesía nos alejó de una caleta en plena península de Tumbes, en la región del Biobío, mientras cargamos el pesado equipo militar a diferencia de los instructores que no están equipados con cascos Kevlar que provocan torticolis y una punzada en el cráneo. Por el contrario, ellos usan “quepis” (gorros ligeros como pluma), además no portan el fúsil que pesaba tres

kilos. Caminaban livianos, sin dar el ejemplo y siempre apresurándonos. Deseaba quitarme todo y arrojarlo por la quebrada para sacar esta mierda de mi cabeza, aunque sabía que debía mamármela hasta que nos dejaran descansar.

— ¿“Charly” (amigo) estamos cerca?—. Preguntó el Gamboa que marchaba detrás de mí. Cuando oí la pregunta imaginé que faltaba más que la cresta, pero no había deparado en la belleza del lugar. La península se encuentra en el extremo norte de Talcahuano, cuna del Infante de Marina como dicen los marinos y también llamado el “culo” de Chile por ellos, por su artificial hediondez. En esos momentos nos encontramos rodeados por cientos de árboles, ubicados en una especie de enorme morro o cerro. En realidad estaba muy perdido, pero al estar sumergido dentro de tanta naturaleza nos permitió ver el cielo de una manera majestuosa; jamás vi tantas estrellas repletando el firmamento. El olor de la tierra y de las hojas húmedas era placentero, crees ser parte de todo esto cuando escuchamos el eco de los silbidos de inquietos pájaros que no alcanzamos a percatarnos en dónde se encontraban, y el ruido que provocaba la embestida del mar contra el roquerío. Es algo simplemente fantástico. De alguna manera me desconecté con la presente realidad en que nos encontrábamos junto a mis camaradas y sólo me deje llevar por la sensación que me brindó serenidad. Deseo para adornar este gran momento un buen pito para conectarme más con la naturaleza. Sin embargo, hubo que reconectarse con la realidad, porque había que seguir marchando.

—*¡Oye poh hueón!... ¿estamos cerca o no?*—. Volvió a preguntarme el Gamboa. Entonces, abandoné mis pensamientos y respondí:

— *¡No tengo idea culiao!... ojalá que sí...ya que estoy más cansao que la cresta*—. Tras responder seguí marchando al igual que todos, con la esperanza que los instructores nos dejaran descansar en el lugar que fuera. Deseábamos comer algo y echarnos una reponedora siesta, ya que la travesía había sido dura y extenuante.

Por orden del sargento se detuvo la marcha y de inmediato saltó un cabo para decirnos que estábamos “cochinos” y que frente a nuestros ojos se encontraba el “manantial” donde suelen refrescarse los reclutas. Nos habíamos detenido ante una poza que se ensanchaba en aquella parte del bosque, de la quebrada, de la península o qué sé yo qué es la hueá, aunque en términos estéticos, era linda. Se veía de una profundidad, ancho y largo que para que voy a mentir, no tengo el cálculo exacto en mi mente, aunque el asunto es que más o menos eran como las tres de la mañana. El agua estaba extremadamente helada y a esa hora las pelotas se te escogen y la piel se te pone de gallina. ¿Te tirarías un chapuzón? De seguro que no, si nadie te obligara.

De a uno nos tiramos al jodido hoyo ¿Lo divertido? El piscinazo era “corto-militar”; nadar hasta el otro extremo y secarse los huevos en tiempo record sino deseabas agarrar un resfriado. Cuando me tiré, la hice corta. El agua estuvo híper helada. De igual modo nos sirvió para despertar del sueño que nos provocó caminar de madrugada. Después ordenaron

levantar la campaña para comer algo caliente y terminar con una siesta por algunas horas antes que saliera el sol. “¡Gloria a Dios!”. Exclamó el más canuto de nuestra sección.

¿Habremos dormido más o menos cuatro horas? Cuando despertamos la luz lunar ya no iluminaba al bosque y esta había cedido el paso al alba, que cubrió cada uno de los rincones en donde nos encontrábamos para el retorno hacia el Destacamento.

Los instructores recibieron un llamado desde la Plana Mayor criticando nuestra tardanza, así que, comenzó el mambo a primera hora, apresurándonos a todos a dejar atrás el descanso, al igual que el desayuno. Aún nos encontrábamos cerca del lugar en donde realizamos ejercicios anfibios básicos que fueron bastantes entretenidos e incluso para los “NN” (no nadadores) o los “anclas”, el “salto de confianza” desde pleno muelle y las otras pruebas acuáticas no fueron tan traumáticas o terribles como se lo imaginaron en la previa.

En fin, estábamos callampas (atrasados) y medio mundo nos apresuró, sin embargo para motivarnos comenzamos a cantar hueás militares, canciones de Sin Bandera, algunas cumbias y tallas entre los amigos que alegraron el retorno hacia la ruca (“casa” en mapudungun). — *“Me va a extrañar y sentirá, que no habrá vida después de mí, que no tendrá ganas de vivir sin mí (...)”* — Y otros cantaron: — *“Por favor, si vuelves llámame... que mi soledad y yo no nos llevamos bien... paso todo el día planeando, nuestro encuentro imaginario (...)”* —. Cantamos alegres los reclutas.

¿Lo extraño? No todo es felicidad, así como así, para un recluta. *“No celebres antes de tiempo”* te aconsejan en uno de los

mandamientos, que debemos leer antes de entrar al servicio militar. Esa tonta hoja que nadie lee cuando te embarcas en esta aventura y que luego los instructores, cagados de la risa, repasan una y otra vez para huearnos y por supuesto no falta el más vivo que dice: — “¡Oh, es verdad lo que escribieron ahí!” —.

No regresamos por donde llegamos al fin al cabo. Nos estábamos dando la “vuelta del cosaco” o la vuelta hueona, esa que es la más ancha y por lo posible la más larga, pese a que íbamos atrasados. Además, ya estaba oscureciendo y ya no íbamos cantando los hits de Juan Gabriel. No habíamos comido nada en todo el día. Entonces no faltó quién preguntó medio tonto y tanto osado: — “¿A qué hora comemos?” —.

¡Buena y valiente pregunta repuse! El sargento respondió que hoy día no íbamos a comer por encontrar- nos realizando el ejercicio de “supervivencia”, según las órdenes del teniente “Pelotas” y que estaba prohibido hasta nuevo orden. Pateamos la perra en silencio.

¿Qué más podíamos hacer? Salvo aprovechar al máximo aquel pedazo de pancito o fruta escondida adentro de nuestros bolsillos a la espera de disfrutar un delicioso ranchito después.

La cosa se complicó por un contingente que iba algo enfermo, más bien agarró un resfriado tras el madrugador piscinazo (no al vendido estilo Festival de Viña del Mar) gracias a la brillante idea del cabo. Apenas caminó recto y mantuvo el paso del grupo. El peso de su casco, de su mochila y de su fúsil complicó más su pobre situación hasta que desmayó en plena marcha. ¡BRAVO! Los que nos faltó a esa hora, un hueón enfermo a plena mitad del recorrido, mientras las aves volaban libres por...

*—Te invito a que adquieras mi obra por completo
para descubrir que sucede con el final de este segundo
cuento.*

¡Abrazo Literario!

CAPÍTULO 3

PERDÓNAME LA TARDANZA

“Nunca es tarde para el arrepentimiento y la reparación”

-Charles Dickens-

La primera vez que nos besamos, fue cuando hicimos la cimarra y nos fuimos a la plaza Waddington a pasar el rato. Esa tarde, te veías linda con tu fea gorra negra que nunca te quitabas. Decías que te daba estilo y así tu hermoso cabello castaño enrulado, como el color de las nueces que comprábamos en la feria, no se despeinaba. Ese mismo día, te fijaste en el brillo de mis uñas, aunque no preguntaste por el esmalte que usé, también notaste el rosa de mis pequeños labios, aunque tampoco preguntaste por el labial que usé. Todo quedó en segundo plano cuando nuestros labios se conectaron esa fría tarde de otoño por primera vez, mientras veíamos a los pacos paquear y nos pasamos cualquier rollo inventando graciosas historias de cómo nos iban a encerrar, aunque nada iba a separar ese amor que había nacido ¿lo recuerdas? En ese instante, por primera vez tuve seguridad de mis sentimientos. Saboree que no estaba equivocada. No tenía nada de qué avergonzarme, y tu beso respondió a todas esas preguntas que me hacía cada mañana tras mirarme al espejo, y no sólo para analizar mi cuerpo de pies a cabeza. Después de ese momento comenzó la vida otra vez. Tanto los extraños y los cercanos me dañaban sin justificación. Se creían dueños de la moral y de la verdad, en especial mis hermanas, mis tías y mis compañeras. Yo no estaba preparada

para soportar las burlas de nadie, aunque para eso estabas tú. Eras aquel soldado que marchaba siempre en primera línea sin importar la trinchera que te esperaba más adelante. Defendías a tu tropa sin importar que la vida se te fuera en ello. No temías a las balas, y tú pecho, erguido y vigoroso, siempre se prestó para recibir todos los disparos a quemarropa en dirección a mis emociones. No sé de dónde sacabas fuerza desde tu pequeño cuerpo para enfrentarte a personas más grandes. Sin embargo, lo hacías y sentía que en ti podía descansar, pero cuando herida retornabas a la base, sabías que te esperaba. Attendía tus heridas y tú las mías porque tú bien sabías que siempre lloraba en mi habitación por escuchar a mis padres discutir por mi culpa. Ellos se alteraban al no comprender por qué salí “así”. Se culpaban el uno al otro. En mi hogar mis hermanas decidieron apartarse (creían que yo estaba mal) y mis padres iban a dormir pensando en qué se equivocaron. Muchas veces lloré preguntando a Dios por qué no me hizo normal como a las otras chicas. Ésas que piensan en chicos, que piensan en ser bonitas para ellos tal vez y hacerse las cartuchas para que éstos se avispen para robar los primeros besos. Mi ser se reflejaba en el espejo para hallar alguna diferencia, aunque la respuesta era la misma todos los días; tenía mis pechugas bien puestas, mi culo estaba bien levantado, mi negro cabello era largo y liso. Ante cualquier mujer, físicamente era igual ¡SOY MUJER COMO TODAS! pero sabía que debía ir más allá de la imagen atrapada en un trozo de cristal y de la sombra que rebota sobre él. No temía entregar todo a la primera persona que mostrara aquella preocupación y cariño que tanto buscaba. No temía hacer de tu

verdad la mía con tal de acompañarte. Contigo sentía que podía...

—Te invito a que adquieras mi obra por completo para descubrir que sucede con el final de este tercer cuento.

¡Abrazo Literario!

CAPÍTULO 4

“JISEI NO KU” DE UN LUNÁTICO

“Antes de empezar un viaje de venganza, cava dos tumbas”

-Confucio, filósofo chino-

Huele a sangre, huele a muerte. El corazón le latió con prisa y la incertidumbre lo invadió. Corrió con todas sus fuerzas hasta la lobera. Aún no comprendió cómo no advirtió el peligro en sus territorios. Si no es por su gran olfato, jamás hubiera detectado el olor a sangre varios kilómetros en lo profundo del bosque. Estaba preocupado por la manada. En el refugio se encontraba “Alfa”. La alfa loba y el amor de su vida y con quien tenían dos cachorros: “Nocturno” y “Hojas”. Los cuales esperaban ansiosos su regreso para que les enseñara a cazar el primer conejo. También estaba “Nívea”, una joven loba a punto de cumplir dos años, y por último “Escarlata”. El fiel amigo de nuestro desafortunado protagonista, que al igual que los otros esperaba al lobo alfa dentro de la lobera.

El camino de regreso para el veterano lobo se hizo largo y sombrío. Las ramas de los milenarios árboles crujían endemoniadas. El aire estaba denso, pesado y agobiante. Los árboles no exclamaban nada. Estaban silentes por el impacto causado, al ser testigos de un horrible crimen. Oscilaron sus ramas dejando caer las hojas como si fueran lágrimas. Las luces de las estrellas fueron tenues y rumoreaban que no se dejaran ver esta noche si la tristeza continuaba. El olor a sangre se hizo

cada vez más intenso. La desesperación aumentó cuando nuestro angustiado protagonista notó cruentas manchas en la entrada de la lobera. Frescas por cierto. Sin detenerse, siguió la sangrienta leyenda. Una vez dentro, una cruel fotografía lo esperaba.

Alba, su amor, yacía muerta y ensangrentada tirada sobre el piso. La respiración se volvió vehemente. El confundido animal padeció un frío sudor que lo sacudió desde la punta de la nariz hasta el final de su cola, erizando su viejo pelaje ocre. Eso no era lo peor, lamentablemente no era lo peor.

A pocos pasos de los restos de su amada, se encontraban los cadáveres de los dos cachorros, que se confortaban bajo el indolente y eterno abrazo de la muerte. Ahora, de seguro podrán descansar y jugar en paz por siempre. El corazón del abatido lobo latió ocho o nueve veces más que antes. Un nudo atascó su garganta, mientras las lágrimas descendían como cascada. Era incapaz de comprender y asimilar lo que había sucedido. Los lobos no poseen un depredador, ellos lo son ante el resto de los animales. Reiteró maldiciones para el responsable de esa masacre.

—*¡Fueron lobos!*—. Exclamó el moribundo Escarlata tras entrar a la madriguera.

—*¡Escarlata! ¡Amigo! ¿Quién te hizo esto?*—. Preguntó el líder de la masacrada manada.

—*Fue la manada de "Elipse", quien causó toda esta masacre, "Sirius"*—. Respondió.

—*¿Lobos atacando lobos? No lo puedo creer. ¿Por qué?*—
Inquirió Sirius atónito contemplando a sus cachorros. Antes de

responder Escarlata cayó desplomado. Su fuerza lo había abandonado. Aún se mantenía consciente aunque le quedaba un par de minutos antes de morir.

—*Ella (...) ella fue capturada*—. A duras penas pronunció palabras. Escarlata que estaba a punto de reunirse con el resto de la manada.

—*¡Oh Escarlata!, ¿Dices que Nívea fue secuestrada?*—. Sin responder, Escarlata, realizó un ademán y afirmó la suposición. —*Venían por ella (...) como es una loba joven y fuerte (...) Elipse la deseaba (...), ya que su manada (...) su maldita manada necesita una hembra (...) ellos son pocos así que las posibilidades de aumentar la manada son (...)*—. Agonizante respondió Escarlata, ante la atenta mirada de su amigo que no interrumpió el relato. —*Tu hembra intentó defenderla (...) pero Elipse la hirió de gravedad (...) yo me encontraba combatiendo afuera de la lobera ante tres desgraciados (...) logré herir de muerte a uno (...) aunque la fuerza combinada de ellos fue superior (...) me lastimaron, Sirius... creo que llegó mi hora de (...)*—. Escarlata cuando terminó de hablar cerró sus cansados ojos y sus pulsaciones fueron cada vez más deprimentes.

—*¡Amigo! ¡Asesinaré a esos desgraciados! Sólo así ustedes podrán encontrar paz en la otra vida*—. Juró endiablado Sirius.

—*Elipse asesinó a tu hembra y a los cachorros (...) salva a Nívea y véngate (...)* ¡*Véngate por la manada y por mí!*—. Fueron las últimas palabras de Escarlata.

Acto seguido, las estrellas... desaparecieron del espectro.

Sin perder tiempo, Sirius emprendió la marcha para alcanzar a los asesinos. Según las palabras de Escarlata, uno de

ellos estaba gravemente herido, por consecuencia debió quedar rezagado. El olor repugnante del rezagado estaba cerca, algo que hizo hervir la sangre y los colmillos de Sirius. Delante de él había muchos arbustos contaminando la visual bajo la penumbra de la oscuridad. Sin embargo, ni con el ruido del río ni con el silencio de las nubes se desconcentró de su objetivo. Estaba determinado a matar y mataría.

Minutos después, su olfato distinguió con mayor precisión un aroma que le desagradó. Intuyó que debía ser el lobo herido. No estaba muy lejos de él, sólo debía cruzar el fluyente de agua y una pequeña colina para alcanzarlo. No le importó mojarse ni mucho menos cruzar el cerro inclinado. La venganza repuso sus energías y resto, el odio.

Sirius logró alcanzar al moribundo lobo que había sido abandonado por sus compañeros. Cuando el lastimado animal vio al perseguidor, sonrió. Eso generó el enfado del líder, que no tardó en maldecir la burlesca sonrisa, y advirtió que será la última de su desgraciada existencia.

Antes del último combate, el débil lobo confesó que no pretendían asesinar a toda la manada, que solamente querían capturar a la joven loba, pero por desgracia el plan no resultó y todo lo que sucedió después, fue inevitable.

Indignado, Sirius no titubeó y atacó directo al cuello. La mordida fue tan letal que apenas el débil lobo gimió aterrado, perdiendo la vida antes de estrellarse con el frío y duro suelo. La mordida arrancó gran parte de carne, que fue escupida por un asqueado Sirius. Al unísono con la sangre que no paraba de brotar del cadáver. Los pensamientos del líder se centraron en

los que aún siguen viviendo. Sabía que no contaba con mucho tiempo. Nívea podría estar muerta o padeciendo terribles torturas.

La luna presenció como un viejo lobo se convirtió en un demonio por su sed de sangre. Entristecida rogó a las estrellas su compañía, pero éstas se rehusaron y siguieron escondidas detrás de las nubes. El viento susurró a la luna que una mancha roja tiñó su esférico vestido, aunque el astro ignoró las palabras por la tristeza que la embargó. La luna no advirtió hasta ese momento la mágica conexión que poseía con los lobos.

Sirius pensó que los otros malditos no podrían correr con todas sus fuerzas estando con Nívea. Con aquella deducción halló algo de esperanza. El poder al menos, salvar a la única sobreviviente de su masacrada manada. Anheló vengar con todas sus fuerzas a Elipse y a sus lacayos. Con tanto afán de rescatar a Nívea, él no se percató que ingresó a territorios que no le pertenecían. Aunque eso la verdad, a él no le importaba para nada.

De pronto, desde las entrañas de la oscuridad, se abanicaron sobre el vengador dos espectros que atacaron al intruso. Jóvenes lobos de abundante pelaje pardo, típicos del norte que por causa del frío invierno, estaban delgados y hambrientos por la escasa caza. Más medrosos que valientes creyeron que con su sorpresivo ataque ahuyentarían a Sirius que al observar a los dos repentinos contendientes, detectó en ellos miedo. No había tiempo que perder, ni menos le importaba que fueran jóvenes lobos. Quien se le interpusiera en su camino, moriría. Los dos lobos, ingenuos, lucieron sus...

*—Te invito a que adquieras mi obra por completo
para descubrir que sucede con el final de este cuarto
cuento.*

¡Abrazo Literario!

CAPÍTULO 5

DESEO FUGAZ

“Las estrellas son las cicatrices del universo”

-Ricky Maye, escritor-

Hubo una vez una soñadora chica, de nombre Constanza, quien amaba mirar todas las noches el hermoso firmamento, e incluso si llovía o se encontraba nublado era capaz de mantener la vigía estelar con mucho entusiasmo.

Ella no despegó su inocente vista hacia el oscuro cielo porque por alguna increíble fantasía, tan inexplicable como el amor tuvo buenos motivos para contemplar por largas y muy largas horas la majestuosidad espacial como las mágicas estrellas fugaces que alcanzaba a observar de vez en cuando.

Bueno, la razón principal por la que Constanza no quitaba los curiosos ojos del nocturno fue porque en una ocasión su materna abuela, una mujer ya muy vieja, pero tan sabia, poética y romántica, una vez le contó que si observaba caer dos estrellas fugaces que desaparecieran al mismo tiempo tras encontrarse el uno con el otro, ella podría solicitar un deseo sin importar cuál fuera. No obstante debía hacerlo mientras la magia no se esfumara, solía decir. Por esa razón, ella de tan solo once años de edad, se desveló contemplado la inmensa e infinita oscuridad apoyada en su tan querida rústica y vieja silla de mimbre que aún era capaz de soportar todo el peso de la soñadora niña, mientras esta se encontraba estratégicamente

ubicada en la esquina del final de un largo pasillo, que estaba cerrado en un extremo por un extenso ventanal y compuesto por un sinfín de ventanitas. Pero, esta actitud tan terca por parte de nuestra pequeña protagonista no caía muy bien en sus padres. Cada vez que la descubrieron desvelándose en plena madrugada o pasada bien la medianoche la regresaron de un tirón de oreja hasta la cama, en donde la muchacha se lamentaba por perder otra oportunidad y que la alejaba de su tan anhelado y ferviente deseo. Sin importar que después se quejara por dolores en el cuello, por mantener una rígida postura ante la cósmica guardia.

A veces, caía un sinfín de estrellas fugaces durante toda la noche.

A veces, caía una sola estrella fugaz durante toda la noche.

A veces, no caía ni una sola estrella fugaz durante toda la noche.

Pero, Constanza nunca observó caer dos estrellas fugaces al unísono y menos verlas desaparecer en un único y efusivo abrazo. Algo que lamentaba profundamente antes de irse a dormir cada noche.

A pesar de la pulcritud del espacio, de las deliciosas y variantes brisas nocturnas, y que aquella vigía estelar despertó en ella tanta imaginación como admiración por aquellos inalcanzables y maravillosos astros que jamás podría alcanzar por más que extendiera su pequeño brazo, mano y dedos en una perfecta armonía. Finalmente, resignada, decidió dejar de

contemplar tan bellissimo espectáculo, entristecida al creer que...

—Te invito a que adquirieras mi obra por completo para descubrir que sucede con el final de este quinto cuento.

¡Abrazo Literario!

CAPÍTULO 6

KILLPUÉ

“Nacer es comenzar a morir”

-Teófilo Gautier-

Fue una verdadera pena el cierre de la florería. Antes de salir de la casa, discutí con mi mujer por cuestiones de plata. Algo que hacíamos a menudo cuando llegaba fin de mes y debíamos poner en orden las cuentas, los gastos, lo que deseamos comprar, etc. Lorena, mi esposa, reiteraba que debíamos disfrutar al máximo cada peso, sin importar si nos endeudábamos. Por otro lado, yo contestaba que debíamos ahorrar cada peso, pese a que nos significaba no darnos ciertos gustos. De cualquier manera, después de aquella discusión en donde al final terminábamos siempre en el mismo lugar, abandoné el hogar para hacer mis trámites y pensé que lo mejor que podría hacer al regresar era comprar unos lindos lirios en la florería, pero no conté en que la tienda había cerrado para siempre. ¡Qué pena! A pesar que nunca me supe el nombre de la florista. Siempre recordaré los abotonados lirios que eran acompañados con una linda decoración y a un buen precio. A mi señora siempre le encantó recibir el ramo porque disfrutaba mucho ver brotar las flores que embellecían nuestra pobre y vieja mesa, la cual pensamos en cambiar, aunque con los precios de ahora hasta la melamina es un lujo. Últimamente mi mujer se estuvo quejando bastante de mí. Dijo cosas como que ya no era atento, romántico o que ya no tenía esos detalles que

cautivaron su corazón. He notado que nuestras discusiones se han vuelto más intensas entre nosotros. ¿En qué momento se perdió la pasión entre nosotros? ¿Acaso ya no la amo como antes? En el amanecer de cualquier relación las cursilerías, los detalles y esas intensas palabras o frases que nos salió de la manera más espontánea, al final se van perdiendo con el paso de los años. La convivencia habitual y las tontas discusiones van dejando cicatrices que no podemos sanar.

Asumiendo que ya no podría comprar lirios, me concentré en hacer mis otros trámites en el mall, como comprar pan y algo para el pancito, retirar efectivo de un cajero y aprovechar a pasar a mirar algunos accesorios para el auto. De igual manera, por lo terco que soy, busqué otra florería para llegar a casa con un bello ramo de flores y así entregárselo a mi mujer, que de seguro haría cambiar su ánimo con aquel engaño para dejar atrás nuestra tonta discusión.

No tardé ni dos horas entre todas las dirigencias que tuve que hacer, e intenté encontrar otra florería en calles como Freire, Blanco y en otras que ya no recuerdo cómo se llamaban en pleno centro en la ciudad de Quilpué. Mi paciencia se fue agotando a medida que no encontraba lo que me urgía. Pensé que a lo mejor sería más conveniente comprar algo en el Portal El Belloto, entonces para llegar a Los Carrera de manera directa transité por una calle por donde había un gimnasio, que al parecer era municipal, el cual nunca antes había notado en calle Thompson. De curioso fisgoneé más cerca la publicidad del recinto y de pronto, de la nada, aparecieron dos sujetos delante de mí. Como verdaderos espectros no dudaron en intentar arrebatarme mí...

*—Te invito a que adquieras mi obra por completo
para descubrir que sucede con el final de este sexto
cuento.*

¡Abrazo Literario!

-ÍNDICE-

CAPÍTULO 1

ENTRE EL CENIT Y EL ABISMO7

CAPÍTULO 2

LA ÚLTIMA CHUPADA DEL MATE 13

CAPÍTULO 3

PERDÓNAME LA TARDANZA..... 19

CAPÍTULO 4

“JISEI NO KU” DE UN LUNÁTICO 22

CAPÍTULO 5

DESEO FUGAZ.....28

CAPÍTULO 6

KILLPUÉ 31

— ¡Gracias a todos mis queridos lectores por apoyar a este emergente escritor, adquiriendo esta obra que con sus aciertos y errores es un trabajo literario que me enorgullece y me hace feliz. Gracias “Maxi” por tu apoyo, por tus consejos y por escribir esas lindas palabras iniciales en este título que no pretende más que entretener a quien lo lea. Y por último, gracias Davor y señora Lorena por todas las molestias que se tomaron tras la corrección literaria que se mandaron y que tanto hizo falta a esta obra! —

¡Abrazo literario!

ENTRE EL CENIT Y EL ABISMO

Y OTRAS FICCIONES



Sergio Muñoz, emergente escritor de Belloto Norte, Quilpué, culmina una obra que comenzó a redactar hace casi ya diez años atrás, pero por diversos avatares de la vida es en el año 2022 que pudo cumplir la promesa a su padre, en su lecho de muerte.

Además, este título también va dedicado a su difunto amigo, profesor y colega Marco Herrera, una persona que amaba la literatura como ninguna otra que ha conocido, que siempre recalca la importancia de leer, viajar, no caer en prejuicios y sobre todas las cosas, de vivir la vida.

“**Entre el Cenit y el Abismo**” es una obra que reúne distintos relatos, cada uno escrito en distintos momentos de la vida del autor empleando diversos recursos literarios, que no pretende ser más que otro momento de gran entretención o distracción que posea el lector cuando lea este título que promete serlo.